

FEDERICO TRILLO-FIGUEROA

EL CENSOR DE
SHAKESPEARE




ESPASA

FEDERICO TRILLO-FIGUEROA
EL CENSOR DE SHAKESPEARE



© Federico Trillo-Figueroa, 2022
© Editorial Planeta, S.A., 2022
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Primera edición: junio de 2022

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 9.209-2022
ISBN: 978-84-670-6545-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es.

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*
Impresión: Black Print



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

El encargo (Valladolid, enero de 1624)

Llegué a Valladolid una noche de finales de enero de 1624. El negro carruaje de tiro trastabillaba por las calles que conducían al seminario para ingleses de San Albano. En las puertas del landó, el escudo del Santo Oficio: el árbol de la cruz en el centro, flanqueado a un lado por la espada de la justicia para los herejes contumaces y, al otro, por un ramo de olivo, símbolo de la paz para los reconciliados con la Iglesia; todo ello orlado por el lema de la Santa Inquisición: *Exurge Domine, ex judica causam tuam* (Álzate, Señor, y defiende tu causa). Desde su interior, arrebuñado en mi capa negra de cuello alzado, que ocultaba mi largo y aún fuerte cabello —a pesar de mis más de sesenta años— recogido bajo el característico bonete español de cuatro picos, observé con curiosidad la ciudad bajo la débil y vacilante luz de los faroles laterales del carruaje.

Había pasado mucho tiempo desde mi última visita a San Albano. Desde que la Corte se fuera a Madrid, Valladolid había ido a menos. La Corte lleva siempre cambios a las ciudades: crecen deprisa y mal cuando llegan los reyes y, luego, cuando se marchan, quedan como asoladas. Aquí también las calles estaban ahora mal empedradas, destartaladas; se notaba en las casas la decadencia, el abandono de la nobleza y la riqueza que corren siempre tras el poder.

También yo notaba en mi cuerpo, sobre todo en mis huesos, el peso de los años, demasiados ya... ¡Y demasiados viajes, demasiado traqueteo! ¿Cuándo querría Dios darme el descanso? ¡*Guarda mi alma en la paz, junto a ti, Señor!* —invoqué

un salmo, como era mi costumbre—. Y ahora esta misión especial del Santo Oficio romano, tan secreta que ni conozco las obras a expurgar, y otra vez en Valladolid. ¡Parecía que quería el Señor que muriera lejos de mi patria!

¡Obediencia! Bendita y ciega obediencia hasta el final que... ¿cuándo sería...? Siempre me estremecía este pensamiento, y entonces había de dominarme: «¡Cuando tú quieras y donde tú decidas, Señor Jesús!».

Y otra vez aquel seminario para jóvenes ingleses en tierra española, tan lejos de nuestra patria, de sus familias y de sus casas, y en tierra tan distinta, dura y hostil para nosotros como Castilla. «¿Qué querrás esta vez de mí, Señor?», me pregunté. ¿Cuál será el problema de fondo? ¿Algún conflicto de disciplina de los seminaristas ingleses con los profesores y las costumbres españolas? ¿La sempiterna pugna por la primacía entre los profesores de las distintas órdenes? «En fin —me dije—, ¡Dios dirá!», y me entregué a su designio pues ya estábamos llegando.

Un joven hermano de la Compañía, John Lucas, me recibió saludándome en inglés.

—*Good evening, monsignor.*

—¿No conoces las reglas, hermano? —le reprendí—. ¡En castellano! Buenas noches...

Por la izquierda del zaguán entramos en la capilla, vacía y oscura a esas horas, a saludar al Santísimo. Solo la luz de una bujía, que centelleaba en el candelero de plata junto al altar central, dejaba entrever, en las sombras, la talla mutilada que presidía el retablo del altar mayor: era Nuestra Señora de la Vulnerata. Salimos al claustro y nos dirigimos por uno de sus lados, un amplio y frío corredor abovedado —«el *Corredor de los Mártires* le llamamos ahora», me aclaró el hermano John Lucas—, hacia el rectorado. En el edificio reinaba un absoluto silencio, como si estuviera vacío. El joven abría camino en la oscuridad con un candil. Solo al fondo se distinguía una débil franja de luz que se colaba por debajo de una puerta.

El rector vestía la sotana con la botonadura escarlata de su rango, ceñida por la faja de jesuita, y era español, ¡cómo no! Me recibió de pie, correcto pero frío:

—Bienvenido, monseñor Sankey.

—Con Dios, padre Benavides.

Conocía al padre Juan Francisco de Benavides de mi última estancia en San Albano, años atrás, cuando este era prefecto del seminario, y no habíamos simpatizado. Más joven que yo, por entonces ya era un celoso guardián de la disciplina y de la más estricta ortodoxia españolista, y desconfiaba de los ingleses, fueran o no jesuitas. De notable estatura, se empequeñecía, empero, al andar de propósito algo encorvado, como inclinado hacia su costado derecho, para hacerse perdonar su altanería de cuna; era enjuto de carnes, de mirada baja pero, a destellos, astuta y suspicaz, fruto —malpensaba yo— de una soberbia irreductible que los severos ayunos y duras disciplinas que se autoimponía no habían conseguido domeñar. Llevaba una barba rala, el pelo corto y el rostro tendencialmente inclinado hacia un lado, como si quisiera evitar las miradas de los demás.

Benavides me invitó a sentarme frente a su mesa; mientras lo hacía, le hice entrega de una carpeta de cuero negro.

—Tomad, reverendo —dije—, los poderes y documentos acreditativos del Santo Oficio; todos ellos reservados, como sabéis.

Tras abrir la carpeta, el rector rompió los sellos lacrados de los sobres que encontró en su interior y comprobó someramente las credenciales; luego, abrió un doble sobre del que extrajo un documento con los sellos pontificios y lo leyó atentamente. Entonces, se incorporó y con un «Disculpádmeme un instante, monseñor», se dirigió a una celosía cerrada con un gran candado, la abrió y sacó un tomo grueso tamaño folio, bellamente encuadernado en piel oscura, que procedió a entregarme abierto por su primera página.

—Aquí las tenéis, monseñor. Estas son las obras sometidas a vuestra censura —y añadió, entregándome el grueso volumen—: una cuidada edición de la obra completa de un compatriota vuestro, de nombre William Shakespeare, que regaló a la biblioteca de este colegio a su vuelta de Inglaterra vuestro amigo y vecino de esta ciudad don Diego Sarmiento de Acuña, conde de Gondomar, que fuera dos veces en Lon-

dres embajador de España y plenipotenciario de sus majestades Felipe III y Felipe IV ante su majestad británica Jacobo I.

Me quedé paralizado por la sorpresa al conocer mi cometido. Nada más ver las obras de Shakespeare sentí que un sudor frío bañaba mi cuerpo y me arrebatava las fuerzas, hasta el punto de que ni siquiera reaccioné para coger el libro que me tendía el rector, en cuyo rostro detecté una expresión de alarma.

—¿Os encontráis bien, monseñor? —me preguntó preocupado, haciendo ademán de incorporarse.

Hice un esfuerzo enorme para sobreponerme y balbucí:

—Disculpadme..., el viaje... Ha sido un largo trayecto... para llegar a esto... Quiero decir, hasta aquí —alegué confuso.

—Sí, comprendo que estéis agotado —respondió Benavides algo asustado y, por ello, más solícito—, debéis descansar. Ya conocéis la casa y nuestras costumbres. Ocuparéis el pabellón de huéspedes. A las cinco y media de la mañana tocarán a maitines, espero que no os despierten, puesto que estáis excusado. Además, hoy ya es tarde y se os ve muy fatigado. Hemos preparado en vuestro aposento una colación. El hermano John Lucas, que os ha recibido, se ocupará de atenderos durante vuestra estancia para lo que podáis necesitar, pero no dudéis en avisarme a mí para cualquier cosa. Naturalmente, estaréis dispensado de la vida en común; las instrucciones son muy precisas al respecto. Podéis celebrar la santa misa, si lo deseáis, a partir de las ocho de la mañana, cuando los seminaristas salen a recibir sus clases de Teología en el colegio jesuita de San Ambrosio.

—Gracias por todo, señor rector —respondí algo más recompuesto—, me retiro entonces. Que descanse también vuestra reverencia.

Aún era noche cerrada cuando me despertó la campana llamando a maitines pero, como me sentía agotado, decidí quedarme en la cama hasta el alba para recuperar el aliento. En la duermevela rememoré los amaneceres tempranos de mi infancia en la lejana campiña inglesa de Warwickshire —un

recuerdo cada vez más recurrente y nítido— y pensé en lo diferentes que eran de las secas madrugadas en la meseta castellana, donde el sol tardaba más en salir y la primavera se retrasaría todavía unas semanas, mientras que allí algunos frutales llevarían ya un mes florecidos, aunque fuese entre brumas. Como jesuita no estaba obligado, en efecto, a rezar el oficio en el coro, pero sí a practicar a diario la meditación individual. Así que me levanté arrebujado en una manta e intenté arrodillarme en el reclinatorio del gabinete contiguo, pero me vi forzado a sentarme en el recio y duro cuero del sillón fraileroy a apoyarme en la mesa de trabajo para no caerme. Sobre la mesa estaba el sobre lacrado que contenía las instrucciones del Santo Oficio para desempeñar mi encomienda; lo abrí.

SANTO OFICIO ROMANO

Index Librorum Expurgatio

En Roma, a 27 de diciembre del Año del Señor de 1623

Bajo la autoridad del Pontífice Urbano VIII

Monseñor William Sankey:

Se ha recibido en este Alto Dicasterio denuncia, procedente del Inquisidor General de España, en la que se pone en nuestro conocimiento la llegada al Real Seminario de San Albano para la instrucción de seminaristas ingleses, en Valladolid, cuya regencia comparten la Santa Sede y la Corona de España, de ciertas obras atribuidas al bardo inglés William Shakespeare, del cual no se halla referencia alguna en los archivos de este Oficio, sin que nunca sus obras se hayan sometido a nuestro examen, pero que se teme estén contaminadas por la herejía. Es motivo de santa preocupación para la Inquisición española y, en especial, para el rector del seminario, que en esas obras se viertan doctrinas anglicanas contrarias a la potestad de la Sede de Pedro, y aún irreverencias que hagan vituperio de los Sacramentos y la santa misa, que podrían considerarse blasfemas. Se desconoce, sin embargo, el alcance de los errores que vuestra reverencia tendrá que dilucidar.

Velará también por que la ortodoxia en la doctrina vaya pareja con la pureza en las costumbres, pues las obras profanas pueden sembrar procacidades que, con sonrisas, enraícen peligrosa cizaña en el corazón de las personas simples, que atienden a su representación sin reparar el daño espiritual que luego se les causa cuando se recuerdan las palabras, escenas o delirios licenciosos.

Atenderá también de manera especial, vuestra reverencia, a que estas obras no hayan contribuido a la dispersión de los jóvenes seminaristas que ahora se encuentran recibiendo instrucción en San Albano, aunque con la máxima prudencia que evite colisiones con la potestad de jurisdicción ordinaria que, en el seminario, corresponde al rector.

La expurgación se hará, por demás, conforme a las reglas habituales de nuestro Instituto.

Tras su lectura, la oración brotó espontáneamente en mi corazón y en mi mente, entre el clamor y la congoja:

«¡Desde lo hondo a ti grito, Señor, Dios mío!». ¿Por qué ha de acompañarme la sombra de Shakespeare hasta el final de mis días y más allá de los suyos? Cuando ya lleva más de siete años muerto y parecía haberse olvidado de mí, reaparece en mi camino, como si quisiera revivir mi culpa, gritarme sus pecados y los míos desde el más allá.

Recordé los versos del fantasma del padre Hamlet, en los que describe su súbita y alevosa muerte, sin tiempo para el arrepentimiento: «En la flor de todos mis pecados, sin viático, sin sacramentos, sin unción; sin dar cuenta de mis deudas, enviado a responder de todas mis culpas e imperfecciones».

«¡Dale, Señor, el descanso eterno, no tengas en cuenta su delito, Señor, por tu inmensa compasión borra mis culpas y las tuyas!».

—¿Por qué me persigue William Shakespeare desde que éramos niños? Acaso él y yo éramos, en verdad y como él afirmaba, espíritus unidos por un designio inescindible e inexorable? No, Señor, ¡eso no puede ser! Eso son herejías; tú no predeterminas así nuestras vidas. William siempre jugó con los presagios astrales, ¡supercherías!, para explicar las que

llamaba nuestras «vidas paralelas». Siempre le gustaron los misterios, los equívocos y la dualidad: los gemelos, los dobles personajes, ¡las dobles falsedades! en el teatro y en el mundo. Pero yo sé que la vida no es así. Que cada cual labra su destino eligiendo libremente con sus actos. ¡Aunque nació casi al mismo tiempo y en el mismo pueblo! ¡Aunque fueran entonces tan amigos nuestros padres y nos criáramos juntos en Stratford, todo eso no ha predeterminado nuestra vida entera, como pretendía William! Aunque nuestras vidas se hayan cruzado luego tantas veces... Pero Tú, Señor, sabes que siempre fuimos diferentes, con vocaciones y trayectorias distintas. ¿Por qué he de ser yo, ahora, el censor de sus obras? ¿Qué fuerza maléfica ha puesto su vida y su obra otra vez en mi camino para hacerme dudar?

»¡No, perdón, Dios mío! —me dominé—. No puedo dudar, ni amedrentarme por temores esotéricos. Entiendo que el Santo Oficio y la censura que me encomienda son tu voluntad para mí. He de hacer el trabajo que me han encomendado mis superiores porque, además, es lo razonable y así debo asumirlo: soy inglés y conozco esa lengua y cultura como propias, porque lo son. ¿Quién sino iba a hacerlo? La Inquisición romana no tiene otros censores con mis aptitudes. Además —reparé— es una oportunidad providencial para cumplir lo que le prometí a William: le juré que limpiaría su memoria, que vigilaría para salvar sus obras. Pero ¡en qué circunstancias hice esa promesa, Señor! Dios mío, ¡que vea cuál es tu voluntad! —imploré rendido.

Tener que leer de nuevo la obra de mi amigo era, además, volver a revivir nuestras vidas, la mía y la suya. ¿Es eso lo que quiere la Compañía? ¿Que, como jesuita, aproveche para revisar mi vida y meditar sobre mi trayectoria?

Sentí una iluminación y lo vi claro.

—¡Sí! Quizá Tú permites ahora, Señor, que yo sea su censor para que expurgue también mi propia vida... Pues bien, si ha de ser así... ¡Amén! ¡Hágase, cúmplase tu voluntad, Señor!